



En esta representación, el emperador de Alemania aparece investido de la jefatura de una cruzada occidental que debía oponerse a los avances de la modernización de Oriente. "El peligro amarillo", cuadro inspirado por el káiser Guillermo II el año 1896.

El fin de siglo en el occidente europeo

En Europa, los últimos años del siglo XIX fueron de aparente paz y tranquilidad. Decimos paz aparente porque examinándolos con detenimiento se ve que hubo siempre guerras coloniales, y la tranquilidad fue también aparente, porque varias veces estuvo a punto de desencadenarse la conflagración europea, provocada por incompatibles ambiciones territoriales y rivalidades económicas. Pero se sorteó el conflicto, se transigió sin llegar a la ruptura; el mar revuelto de las cancillerías se apaciguó y los pueblos, que apenas habían participado en las crisis de manera activa, olvidaron el peligro pasado, confiando que el progreso material acabaría definitivamente con la miseria y las guerras.

Para que se comprenda cuán cerca se estuvo entonces de una guerra europea, empecaremos relatando el episodio de Fashoda.

Los ingleses habían ocupado Egipto porque decían que tal ocupación era indispensable para defender el canal de Suez y la ruta de la India. Después de Egipto habían avanzado a lo largo del Nilo hasta Khartum, capital del Sudán, porque tenían el proyecto de construir un ferrocarril a través del África, de Norte a Sur. Al mismo tiempo los franceses, avanzando desde el Congo, habían llegado hasta el Nilo, con la ambición de establecer otra vía transversal, de Oeste a Este del continente africano. El destacamento francés que ocupaba el lugar llamado Fashoda, a quinientas millas al sur de Khartum, estaba mandado por un capitán de infantería colonial, Marchand, dispuesto a hacerse matar con todos sus hombres antes que arriar el pabellón nacional. El sacrificio de Marchand con su puñado de hombres hubiera

*Oficiales del ejército francés
parlamentan con los jefes de
las tribus norteafricanas (Bibi-
lioteca Nacional, París). Tras
el incidente de Fashoda, Gran
Bretaña se avino a que Fran-
cia ocupara Marruecos.*



*Guillermo II de Alemania du-
rante el desarrollo de unas
grandes maniobras (Bibliote-
ca Nacional, París). Alemania
protestó de la especie de tran-
sacción comercial pactada en-
tre Francia e Inglaterra con
respecto a Marruecos y ame-
nazó, pero el asunto pudo ar-
reglarse pacíficamente.*



hecho inevitable una guerra entre Francia e Inglaterra. Kitchener llegó a Fashoda con un formidable ejército e intimó a Marchand a retirarse. Fueron días de gran tensión, pero Rusia intervino como mediadora, y Francia cedió, so pretexto de que su misión era pura y simplemente "exploradora".

Probablemente ya entonces se concertó el plan de dar satisfacción a Francia permitiéndole la ocupación de Marruecos. Esta transacción, con todo el carácter de un negocio comercial (Egipto para Inglaterra, Marruecos para Francia), dio lugar a otro conflicto que amenazó seriamente la paz de Europa. Al abandonar Francia sus derechos en el Nilo (que no eran otros que los que provenían de la ocupación napoleónica) y al renunciar Inglaterra a Marruecos (que nunca había ocupado ni pensado ocupar), por fuerza se tenían que despertar celos y ambiciones de otras potencias europeas. Ya no era la habitual política de repartirse zonas de influencia en el lejano Oriente o deslindar fronteras ficticias en el corazón de África; era un "toma y daca" de "naciones muertas" en la mismísima acera de enfrente de la Europa continental. Alemania protestó; parecía que se iba a desbaratar toda la combinación diplomática y que estallaría otra guerra franco-alemana en la que Inglaterra tendría que participar... Pero se convocó la Conferencia de Algeciras, y allí se decidió confiar a Francia y España (Francia en nueve décimas partes, y España, casi una burla, el resto) el servicio de policía de Marruecos. La Conferencia de

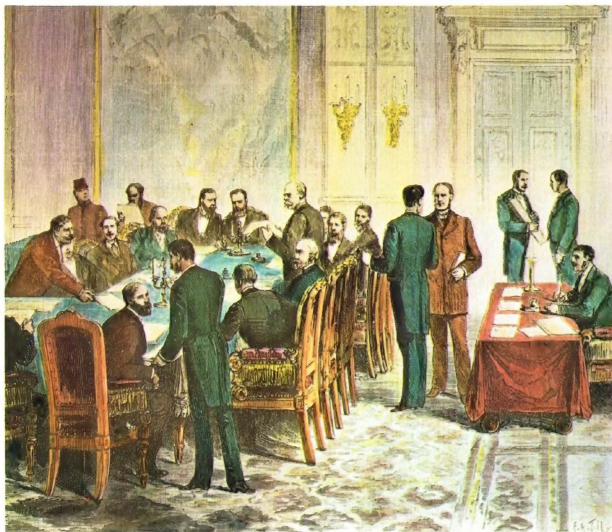
Algeciras se celebró en 1906; seis años después el servicio de policía se había convertido para Francia en una ocupación militar y una declaración de protectorado en su zona, y para España, algo parecido pocos años más tarde.

Animada por la impunidad del régimen de agresión, Italia en 1912 se aprovechó y conquistó Trípoli y Cirenaica. De este modo quedaron repartidos entre ingleses, franceses e italianos los territorios de la costa del Mediterráneo al norte de África, con la excepción del Rif y la Yebala (en Marruecos), que se dejaba para los españoles. Hasta cierto punto era de desear que se hiciera este reparto, porque el soberano nominal de aquellos países, el sultán de Turquía, era el "hombre enfermo", según la frase del zar que había hecho fortuna en la jerga de las cancillerías. El reparto se hizo a las buenas y los únicos en deplorarlo fueron los pueblos sometidos y acaso España, porque siendo la que tenía más derechos al norte de África por haber sido ella invadida por los africanos, perdió sus posibilidades de expansión hacia el Sur, ya que la zona del Rif no fue más que un hueso de mal roer.

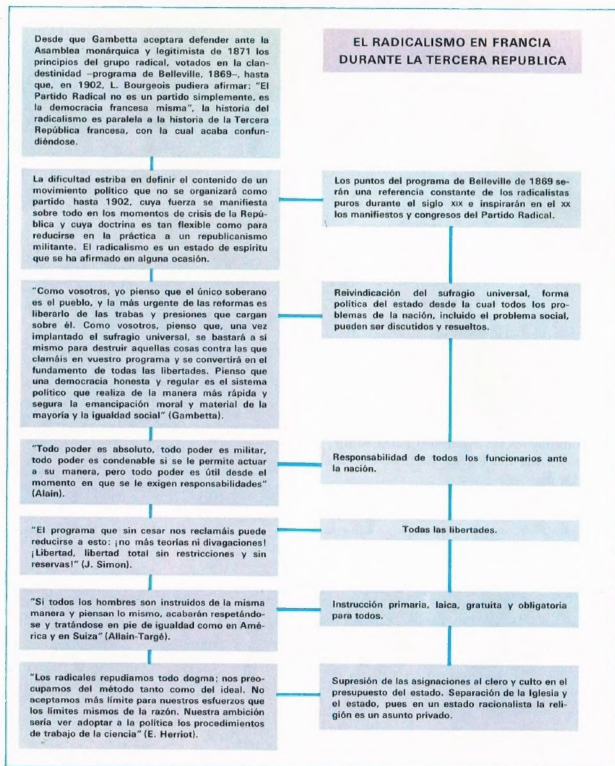
El gesto agresivo del emperador de Alemania antes de la Conferencia de Algeciras



La Conferencia de Algeciras (1906) puso fin a la disputa sobre Marruecos, cuya tutela se dividió entre Francia y España, si bien poco tiempo después aquella se había convertido en ocupación militar.



Una reunión de la conferencia de Berlín (1884-1885) sobre el Congo (Biblioteca Nacional, París). El rey Leopoldo II de Bélgica, después que Stanley alcanzara la desembocadura del río Congo, trató de impulsar personalmente la exploración y explotación de aquel vasto territorio. En esta conferencia fue reconocido aquel rey como jefe soberano del Estado Libre del Congo.



demostraba su creciente interés por la política colonial. Alemania llegaba tarde porque Bismarck no había comprendido antes que los colonias pudieran ser más que un lujo. Decía que las naciones que se empeñaban en tener colonias eran como los aristócratas polacos, que llevaban abrigos de pieles pero no tenían camisa. Decía también que todo el Oriente no valía la vida de un granadero prusiano. Esas frases, muy de Bismarck, no se avenían con la realidad, porque las colonias que buscaban entonces las naciones de Europa no eran, como las del siglo XVIII, lugares donde enviar el sobrante de la población, sino territorios donde explotar primeras materias que se producían en los trópicos. Por

esto, ya antes del retiro de Bismarck en el año 1884, Alemania ocupó el Camerón, Togo, Tanganica y una extensa zona del litoral africano en el Atlántico. Todas las potencias europeas, excepto Turquía y España, se engrandecían entonces en los mapas; ¿por qué no había de hacer otro tanto Alemania?

Hasta en calidad de particular, Leopoldo II de Bélgica, de su peculio personal, hacía explorar y se apropiaba la inmensa región del Congo, y un rico fabricante de azúcar francés, un tal Lebaudy -medio loco-, se hacía llamar emperador del Sáhara porque a sus costas había mandado al sur del gran desierto agentes de penetración y colonización.

No queremos relatar ni tan sólo enume-



Oficiales alemanes de las colonias en 1892 (Biblioteca Nacional, París). Por ser tardía la unificación de Alemania, este país llegó con retraso al reparto del mundo colonial. Impulsada por Guillermo II, Alemania ocupó Camerón, Togo, Tanganica y el África del Sudoeste. Más adelante, España le vendería las islas Marianas y las Carolinas, en Oceanía.

El príncipe de Gales, futuro Jorge V de Inglaterra, fue una especie de árbitro internacional que conseguía como favor personal lo que convenía a su país (Biblioteca Nacional, París).

rar la serie de intervenciones-ocupaciones y expediciones punitivas en el Extremo Oriente que acabaron por convertirse en conquistas en forma de colonias o protectorados de la mitad del Asia por Europa, así como de las islas grandes y pequeñas del Pacífico. La resistencia a la penetración o la rebelión (como ocurrió en China) acrecentaban los derechos de los conquistadores porque producían gastos que se cargaban a la cuenta de los conquistados. La voracidad colonial a fines de siglo llegó a tal extremo de impudor, que por fuerza tenía que acabar con un conflicto; pero se hacía con el beneplácito de Inglaterra, y Europa era feliz disfrutando de aquella paz británica. El que hacía de cojineté, también en los momentos difíciles, era el príncipe de Gales, que pasaba la mayor parte del tiempo en el continente. Era tío carnal del káiser y de la zarina, amigo de Francia, compañero de francachelas del rey de Bélgica; era más que un diplomático o un agente de negocios: era un árbitro de la vida internacional, sin aparentar imponerse y consiguiendo como favor personal lo que convenía a Inglaterra.

Interiormente, en todos los países se deterioraba la solución de los problemas difíciles, con objeto de poder disfrutar con tranquilidad burguesa del bienestar que el gobierno de la clase media consentía a los desheredados. El obrero estaba algo mejor,



EL SINDICALISMO EN FRANCIA

1862	Delegados de las Sociedades Obreras de Socorros Mutuos, las únicas toleradas por el régimen de Napoleón III, viajan a Londres ocasión de la Exposición Universal y entran en contacto con el sindicalismo inglés.				
1863	Tolain, uno de dichos delegados, reclama en <i>Algunas verdades sobre las elecciones de París</i> el derecho de los obreros a constituir y organizar uniones o "cámaras sindicales".	1872	Disolución del Círculo de la Unión Obrera de París, que federaba quince cámaras sindicales.	1886	Por iniciativa gubernamental, que muy pronto los obreros harán suya, se crean las primeras Bolsas de Trabajo, oficinas de colocación, pero también centros de formación y propaganda obrera.
1864	La oleada de prolongadas y violentas huelgas que tienen lugar desde 1861 obliga a la derogación de determinados artículos del Código Penal que castigaban severamente las coaliciones obreras.	1876	Congreso de cámaras sindicales en París. Se intenta conformar un sindicalismo posibilista y apolítico, a la vez núcleo de resistencia contra los patronos y unión asistencial.	1892-1893	Atentados anarquistas de Ravachol y Vaillant.
1868	El gobierno tolera la formación de cámaras sindicales, cuyos estatutos deberán ser aprobados por la Administración, a la que compete también autorizar cada vez las reuniones y asambleas necesarias.	1879	En el Congreso de Marsella, el sindicalismo francés, muy influido en estos momentos por el marxismo, se inclina por una actitud militante de oposición política al régimen y al sistema capitalista en general.	1893	Difusión de las doctrinas anarquistas en los sindicatos franceses.
1870-1871	Estallido de la Comuna de	1880	Fundación del partido obrero de Guesde.	1894	El Congreso de Nantes proclama la huelga general como el supremo medio de lucha contra la dominación capitalista, que podrá ser abatida con las solas armas económicas.
		1880	Amnistía de todas las penas dictadas a causa de los sucesos de la Comuna.	1895	Creación de la C.N.T., confederación apolítica de todas las uniones y asociaciones obreras—sindicatos, Federaciones de Industrias, Federaciones locales, regionales y nacionales, Bolsas de Trabajo—, en el Congreso de Limoges.
		1884	Se reconoce el derecho de asociación a los obreros en tanto sus cámaras sindicales se limiten a defender		

Escena de miseria en Londres a principios del siglo XX (Biblioteca Nacional, París). En este inicio de siglo, los movimientos socialistas europeos fueron consiguiendo mejoras para los obreros. En el caso concreto de Gran Bretaña, en 1909 se aprobó la ley de Pensiones para la Vejez, y en 1911, la de Seguros nacionales.



ganaba más y tenía más esperanzas; el socialismo le ofrecía el desahogo de poder votar a candidatos del partido, que manifestaban estar dispuestos a defenderle y hasta a proporcionarle el establecimiento de una sociedad mejor. Y algo se conseguía, aun cuando fuera sólo en el papel. Alemania aprobó en 1883 una ley de seguros contra enfermedad para el obrero; en 1884, la ley de accidentes del trabajo, y en 1891, la de pensiones para retiros. La ley de 1892 fijaba en Francia un máximo de doce horas de trabajo, que se redujo a once en 1900 y a diez en 1906. A estas leyes se sumaban otras referentes a compensación en casos de accidente, vejez, etc. En Italia se aprobaron leyes parecidas de protección a los obreros y limitación del trabajo de mujeres y niños. En Inglaterra, la ley de Pensiones para la Vejez (*Old Age Pension Act*), de 1909, y la ley de Seguros nacionales (*National Insurance Act*), de 1911, representan la culminación de los esfuerzos de dos generaciones del laborismo en la Cámara de los Comunes. El ejercicio del derecho de petición, que no otra cosa venía a ser la elección de candidatos socialistas, acrecentaba la ambición de los obreros; discutiendo las reformas sociales, se hacían cargo de su condición presente y de sus posibilidades en el futuro, y como la educación política del proletariado iba más de prisa que sus conquistas parlamentarias, aun obteniendo ventajas quedaba siempre descontento. Otro inconveniente del sistema de mejoramiento gradual era que los encargados de aplicar las mejoras eran sus propios detractores, de manera que los asalariados quedaron divididos: unos deseaban proseguir por aquel camino de mejoras sucesivas; otros sostenían que sin un cambio de régimen era inútil legislar en favor del obrero. Así, el partido socialista, que tenía de ser la válvula de seguridad de la Europa burguesa, quedó dividido en dos ramas, y la de carácter revolucionario tuvo mayor importancia en aquellos países en que, como en Francia, las reformas sociales se concedían fácilmente, pero se aplicaban con mala fe. En cambio, en Inglaterra, las *Trade Unions*, que lograron la aprobación de algunas reformas, mantenían todavía en sus filas a la mayor parte de los obreros.

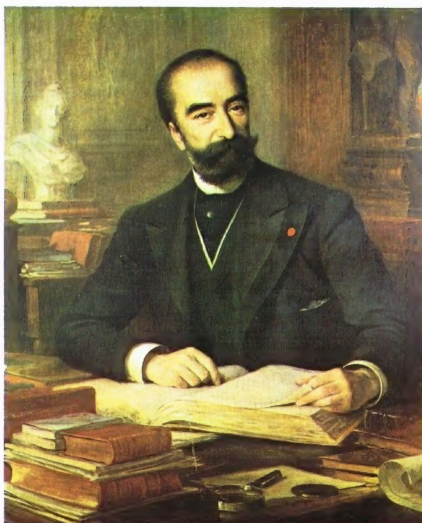
Lo más grave y urgente en la política interior de los países de Europa (que era y sigue siendo la manera de encontrar el régimen moderno que dé satisfacción a las democracias) se iba demorando con constituciones enteramente anticuadas. Después del desastre de 1870, Francia se encontró, por tercera vez en lo que iba de siglo, ante la necesidad de darse una constitución. No restauró la monarquía porque había habido en



El mariscal Mac Mahon, por Horace Vernet (Museo del Ejército, París). Después de la guerra franco-prusiana hubo un intento de reinstaurar a los Borbones. Mac Mahon llevó las negociaciones, pero fue imposible restaurar la monarquía; al final, el propio mariscal asumió la presidencia de la República, en la que sucedió a Thiers.

Francia la de los Borbones, la de los Orléans y la de los Bonapartes. Se creyó resolver la dificultad coronando de momento al Borbón, que era ya de edad avanzada y no tenía hijos, y declarando sucesor al Orléans. Pero el primero no quiso transigir con la bandera tricolor, insistió en que debía restablecerse el pabellón blanco flordelisado, y Mac Mahon, que llevaba las negociaciones, no se sintió capaz de imponerlo al pueblo francés porque "era de temer que si se izaba la bandera blanca en el Ayuntamiento de París, los fusiles se dispararían solos".

Así, por necesidad, no por convicción, se instauró la Tercera República francesa, con sus dos Cámaras de diputados y senadores. Se ha repetido con harta frecuencia que un



Marie-François-Sadi Carnot (col. Lazare Carnot, París), cuarto presidente de la Tercera República. Bajo su mandato se produjo la tragicomedia del general Boulanger. Carnot fue asesinado en Lyon.

Parlamento de este tipo es como un carro con dos pares de mulas, uno que tira hacia delante y el otro hacia atrás. La votación adversa de la mitad más uno de los diputados o senadores obliga al ministerio a dimitir sin apelación. El resultado de este modo de gobernarse los países ha sido que durante el periodo que va de 1871 a 1939, Francia, por ejemplo, ha cambiado noventa y dos veces de ministerio, y teniendo en cuenta que los ministerios de Clemenceau y Poincaré duraron más que de ordinario, puede decirse que Francia ha cambiado de gobierno casi dos veces cada año. El presidente de la República se elegía por la Asamblea Nacional, constituida con todos los diputados y senadores reunidos en Versalles, y la duración de su mandato era de siete años. Pero era un puro fantasmón que solo servía para encargar ministerios a los acróbatas jefes de las oposiciones cuando habían derribado un gobierno con una acalorada discusión y una votación a altas horas de la noche. Se ha dicho que el rey de Inglaterra reina y no gobierna, pero que el presidente de la República francesa ni reina ni gobierna. Así se explica que Casimiro Perier dimitiera a los cinco meses de la presidencia, dando por única excusa "la intolerable falta de atribuciones y la inutilidad del cargo".

Descartada, en fin, la oposición bonapartista, porque el príncipe imperial murió en el África inglesa, y reducidas a un mínimo las ambiciones de las dos ramas monárquicas, Francia tuvo que pasar por la vergüenza de un cuarto pretendiente, un general de opereta que se presentaba como salvador. Tan corrompida y desacreditada debía de estar la República establecida en 1870, que cuando en 1886 el general Boulanger empezó a manifestar ambiciones de poder personal, inmediatamente una gran parte del pueblo francés lo reconoció como otro Napoleón. Georges Ernest Jean Marie Boulanger, de arrogante figura, se presentaba siempre a ca-



Suicidio del general Boulanger en el cementerio de Ivry, junto a la tumba de su antigua amante (Biblioteca Nacional, París). El episodio de este general tuvo risos vodevilescos, pero ayudó a cimentar la República.

ballo de un negro alazán (los Napoleones habían montado, en cambio, caballos blancos) y excitaba al pueblo contra Alemania para la guerra de *revanche* con una frase efectista: "Recordad que en Alsacia nos esperan". Tanto manifestaciones de elocuente militarismo hicieron creer que Boulanger, "el bravo general", sería el héroe que lavaría la vergüenza de la derrota de 1870. Durante cuatro años Francia tuvo que sufrir las baladronadas de Boulanger, hasta que por fin se dictó un auto de prisión contra "el bravo general", y éste no tuvo más remedio que escapar a Bélgica, donde se suicidó junto a la tumba de la que había sido su amante.

El ridículo del episodio Boulanger consolidó la República; el propio papa aconsejó a los católicos que depusieran su actitud hostil con su encíclica de febrero de 1892. Pero inmediatamente otra crisis hizo tambalear el régimen: el *affaire Dreyfus*, el cual reveló que no sólo la administración, sino también el ejército estaban corrompidos. Hacía tiempo que, aprovechándose de todos los escándalos de la República, se venía haciendo apasionada campaña de antisemitismo. El fracaso del canal de Panamá, la quiebra de varios bancos, la venta de condecoraciones y cargos se atribuían a manejos inmorales de los judíos. Los altos oficiales del ejército se habían contaminado de esta idea; así es que cuando, en 1894, se descubrió que algún miembro del Estado Mayor había vendido documentos importantes a la embajada alemana, inmediatamente se acusó a un judío: el capitán Alfred Dreyfus. Era éste de origen alsaciano, uno de tantos militares que después de 1870 prefirieron conservar su nacionalidad francesa a hacerse alemanes; no había en su conducta anterior nada que pudiera justificar la acusación. Sin embargo, se falsificaron pruebas documentales, y con un proceso de cuatro días a puerta cerrada se le condenó a degradación y deportación a la isla del Diablo, en la Guayana.

Sólo dos años después, el jefe de policía secreta militar, coronel Picquart, descubrió las falsificaciones y pudo precisar quiénes habían sido los autores de la sustracción de documentos para venderlos a la embajada alemana. En pago de sus revelaciones, Picquart recibió la respuesta de que no era "deseable" revisar el *affaire*, lo que quería decir que Dreyfus acabaría pudriéndose en la isla del Diablo, y el mismo Picquart fue enviado en misión especial lejos de París, al desierto de Túnez. Las pruebas de Picquart convencieron a muchos políticos de que el Estado Mayor había procedido y seguía procediendo de la manera más inmoral en aquel asunto, pero no se atrevían a manifestarlo para no producir un escándalo todavía mayor. Fueron



Degradación del capitán Alfred Dreyfus (Biblioteca Nacional, París). El famoso "asunto Dreyfus" agitó profundamente a la opinión pública francesa desde 1894 a 1914 y tuvo graves repercusiones antisemitas y antirreligiosas.

los intelectuales no políticos quienes se encargaron de este enojoso servicio de proclamar la verdad y reparar la injusticia. El primero en romper el fuego contra el Consejo de Guerra fue Zola, que publicó en los periódicos una carta abierta al presidente de la República con la frase inicial "Yo acuso". La carta de Zola acusaba no sólo a las autoridades militares que forjaron las pruebas del proceso Dreyfus, sino también a los altos magistrados de la República, de complicidad y protección del atropello. Zola fue procesado por difamación y, condenado, escapó a Inglaterra.

Pero la publicidad que su carta y proceso dieron al asunto despertó la opinión, y con el concurso de Clemenceau, Anatole France y otros intelectuales se consiguió la revisión del proceso y la rehabilitación de Dreyfus. No quedó duda de su inocencia; los dos verdaderos culpables confesaron, y hasta uno de ellos se suicidó. El *affaire Dreyfus*, que al parecer no debía acarrear sino el descrédito del Ejército y de la Magistratura, pilares inmovibles de la sociedad francesa, perjudicó también a la Iglesia, puesto que la mayoría

LA IGLESIA CATOLICA

El cristianismo, uno de los elementos esenciales de la civilización europea, se verá amenazado en sus cimientos en el último tercio del siglo XIX.

Carlton J. H. Hayes precisa las diversas fuerzas que confluyen en el ataque:

1.º La secularización, que, arrancando del Renacimiento y la Reforma, parece estar llegando a su meta en la década de los 70, acostumbrando a las masas a confiar en el estado y a considerar a la Iglesia, forzada a abandonar la educación y la beneficencia, como un lujo superfluo.

2.º El desarrollo económico, fruto de una nueva revolución industrial, que hace aparecer las maravillas de la tecnología como mayores y más importantes que las de la religión.

3.º El desarrollo del liberalismo radical y del socialismo marxista, que se muestran, de hecho, respecto de las masas urbanas, como religiones sustitutivas.

4.º El auge nacionalista, receloso de cualquier religión supranacional, capaz de menguar la lealtad de los ciudadanos o enfiar su ardor patriótico.

5.º A estas fuerzas, que, originadas antes de 1871, alcanzarán entre esta fecha y 1900 su completa madurez, debe unirse la ciencia, abiertamente hostil a la religión.

Característico de la cultura europea de mediados del siglo XIX, subraya Jover, es el positivismo o sistema filosófico que admite únicamente el método experimental, negándose a aceptar toda verdad que no proceda de la observación directa del mundo sensible y de la experimentación. Bajo su impulso, ciencia y técnica alcanzan un desarrollo impresionante.

Cada hipótesis de los científicos —dice Bruun—, cuando era confirmada por los experimentos, proclamaba la eficacia de sus métodos e investía de mayor autoridad al criterio positivista. Así, cuando Mendeleiev publicó por vez primera (1869) su Ley periódica de los elementos, se afirmó la convicción de que todo lo que existía en el universo físico se producía de manera racional y que el error se debía a la mente desordenada del hombre, presa de mitos que, como los dogmas de la fe cristiana al afirmar los milagros, contradecían el orden de la naturaleza.

Los éxitos del método experimental en el campo de las ciencias naturales llevarán a intentar su aplicación al campo de las ciencias humanas, a intentar explicar el origen y la conducta del hombre en tér-

minos de ciencias físico-matemáticas y de biología evolucionista. Los propagandistas darwinianos: Huxley, Tyndall, Haeckel, sostienen el carácter científico del ateísmo; Strauss y la escuela de Tubinga, el carácter mítico de los evangelios; Harnack (*Historia del dogma*), la influencia del pensamiento griego en el cristianismo; Renan (*Historia de los orígenes del cristianismo*), la relación entre circunstancias históricas y formulaciones dogmáticas... En definitiva, se produce —como señala Bruun— el conflicto entre los materialistas, que creen que los hechos del universo pueden explicarse suficientemente mediante la existencia de la naturaleza de la materia, sometida a leyes de carácter absoluto que el hombre puede conocer mediante el empleo de la razón, y los trascendentalistas, que afirman la primacía del espíritu sobre la materia.

Consecuencia de estos procesos será la relativa pérdida de vigencia social del cristianismo. Una considerable minoría de europeos —dice Hayes— repudiará el cristianismo: un importante porcentaje de la clase intelectual, especialmente hombres de letras, profesionales y eruditos universitarios, especialistas en ciencias naturales y sociales; un reducido grupo entre las profesiones cultas de medicina, leyes, periodismo y profesorado, y un creciente contingente de trabajadores urbanos. La mayoría de estos últimos y pocos entre los primeros se convirtieron al socialismo marxista. Los restantes buscaron su refugio en una positivista "religión de la Humanidad" o "religión del nacionalismo", en una "cultura ética", o quizá, más frecuentemente, en el simple agnosticismo. No obstante, una mayoría, sobre todo en los países de menor desarrollo económico y en el sector rural de los más avanzados, si quiera sus creencias se entibiaran, no abandonó oficialmente la religión tradicional y, en general, la minoría disidente compartirá la misma moral cristiana, aunque fundada desde otros supuestos.

Ante tan difícil situación, la Iglesia católica adoptará una postura de defensa a ultranza de las posiciones tradicionales, que le hizo perder influencia en el mundo moderno. Ya Gregorio XVI, en su bula *Mirari vos* (1832), se había pronunciado a favor de la alianza del trono y del altar, condenando "la inútil libertad de opinión", "la libertad de pensamiento y palabra... [que] llevan consigo la ruina de las al-

mas", "la infame y no menos despreciable libertad de prensa". Con la encíclica *Quanta Cura* y su "tristemente célebre *Syllabus*" (1864), Pío IX mostró lógicamente su hostilidad hacia el materialismo filosófico y el agnosticismo, pero también hacia todo lo que no perteneciese a la tradición del Antiguo Régimen, atacando el liberalismo y rechazando la idea de que el pontífice romano pudiese o debiese reconciliarse con el progreso y la civilización modernos (Bruun).

Finalmente, el Concilio Vaticano (1870) proclamará el dogma de la infalibilidad pontificia, mal recibido por ciertos sectores católicos de Inglaterra, Francia y Alemania.

Sin embargo, antes de finalizar el siglo, aun cuando continuará a un ritmo cada vez mayor el progreso de la civilización industrial y los logros científicos y técnicos en los campos de la electricidad, de la química, de la radiactividad, etc., siguen acomorandando a los hombres, aparecen crecientes síntomas de descontento hacia unas sociedades lanzadas a un imperialismo incontinente, de rechazo del positivismo, del racionalismo, de la idea de progreso indefinido. H. Poincaré admitirá que quizá las leyes científicas tengan simplemente un carácter relativo. H. Bergson (*Essai sur les données immédiates de la conscience*, 1889) afirmará el papel de la intuición frente a la razón, del *élan vital* frente a lo exterior, Nietzsche como un *éxito* creciente...

Es el momento, hacia 1885 —señala Jover—, de la renovación de la cultura europea bajo el signo del vitalismo, es decir, de una actitud cultural que pone el énfasis en los valores vitales, abandonando la visión del mundo propia del positivismo, y que irá acompañada, pese al formidable ataque que se produce ahora contra la moral cristiana al supeditarse la justicia, al afán de poder o al poderío de la propia nación, lo racional a lo instintivo, la fraternidad entre los pueblos a las concepciones racistas de un Gobineau o un Chamberlain, de una reacción espiritualista, de la que se beneficiarán en cierta medida los valores religiosos.

La Iglesia católica sabrá aprovechar el cambio de coyuntura y con León XIII, que asciende al trono pontificio en 1878, asistiremos a la que Von Aretin denomina "Salida del Ghetto de la Iglesia".

A. M.

de los católicos se manifestaron antisemitas y se pronunciaron en contra de Dreyfus. Aprovechándose de la actitud de los católicos, los políticos franceses, en su mayoría masones, dictaron una serie de leyes contra la Iglesia. Desde 1904 restringióse a las Órdenes religiosas el derecho de sostener colegios, y en 1914 debían haber cesado en toda

enseñanza; se denunció el Concordato, y se separó enteramente la Iglesia del estado. El papa protestó, pero pronto se vio que el clero francés recibía de las asociaciones de feligreses más de lo que antes recibiera, como emolumentos, del gobierno, con lo que la situación de la Iglesia en Francia fue aún mejor que antes de estallar el famoso *affaire*.

Así corrieron en Francia los años de la Tercera República hasta la primera Guerra Europea, con episodios cómicos como el de Boulanger o trágicos como el de Dreyfus, que daban pasto a discusiones de café y contro-versias periodísticas y tema para caricaturas y aun para manifestaciones públicas con sus carreras y sustos, rotura de cristales y alguna que otra contusión, pero que no llegaban a producir el peligro de una guerra civil. Por esto el París de fines de siglo, disfrutando de la paz británica y de la prosperidad burguesa, era la ciudad alegre de Europa, con una alegría menos frívola que la de Viena, la verdadera capital de "fin de siglo".

Hemos referido con algún detalle lo que ocurrió en Francia desde 1870 a 1914, porque Francia fue precisamente el modelo de las naciones democráticas de entonces. Así, por ejemplo, en Italia se dio una constitución con dos Cámaras, una de diputados y otra de senadores, pero mientras los senadores en Francia eran elegidos por sufragio indirecto, los senadores italianos eran nombrados por el rey. Los diputados eran elegidos solamente por los que pagaban contribución y sabían leer y escribir, lo que reducía el número de electores a dos millones. Puede decirse que la democracia en Italia era la gran farsa de la Europa occidental; pero la nación se mantenía unida porque los políticos seguían engañando al pueblo con el peligro de las "revindicaciones" de Austria y las "maquinaciones" del "prisionero del Vaticano". Mientras tanto se iban organizando los servicios del estado unitario y creando escuelas: en 1914 Italia tenía ya cinco mil escuelas secundarias y veintuna universidades, y el analfabetismo se había reducido al 50 por 100 del total del censo. También hubo escándalos: un desfalco del director del banco que había hecho circular billetes con números duplicados, la *camorra* en Nápoles, la *mafia* en Sicilia... Pero se vivía aún en la ideología de la pasada revolución, y si los italianos tenían mala administración, era cosa suya, debida a sus políticos, mas no pasaban por el oprobio de verse mal administrados por extranjeros.

En Alemania, el periodo que siguió a 1870, que debía emplearse razonablemente en asimilar y consolidar las conquistas de Bismarck, fue de alardes de poder. Guillermo II, el *Kaiser* (no otro *Kaiser*, sino "el *Kaiser*"), hacía cada año una exhibición de "la pólvora seca y la espada desnuda". Su "imperio debía estar en las olas", y para ello construía una escuadra y empezaba la construcción de la flota de submarinos. Además de avanzar por las olas, pretendía avanzar por tierra, hacia el Oriente, construyendo el ferrocarril de Berlín a Bagdad, con el consentimiento de Tur-



Félix Faure, por R. de Saint-Marcou (Museo de Versalles). A este presidente de la República francesa dirigió Zola su célebre carta abierta "J'accuse".

El capitán Dreyfus en su segundo proceso, celebrado en Rennes, que le volvió a declarar culpable, pero con atenuantes (Biblioteca Nacional, París).





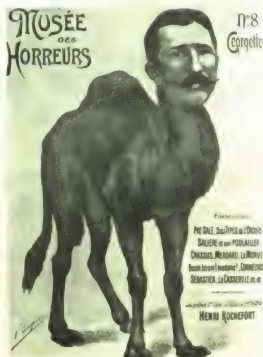
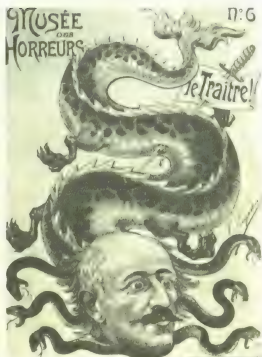
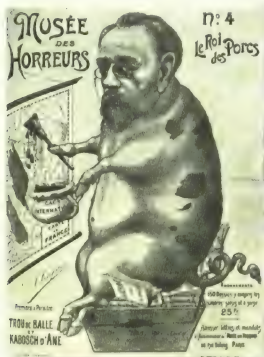
Cabecera del número del 13 de enero de 1898 de "L'Aurore", periódico donde se publicó la carta abierta de Zola.

quía. Con un monarca como Guillermo II, la política quedaba reducida a fiscalizar o más bien aprobar por un atemorizado Reichstag lo que iban realizando el casi divino Káiser y su obediente canceller. Hubo también escándalos, se descubrieron infamias y sodomías en la camarilla del Káiser, no faltaron casos de mala administración, se publicaron los horrores del régimen colonial alemán, y las provincias anexas (Alsacia, Polonia, Schleswig) se agitaban. Pero el pueblo alemán encontraba compensación en la ciencia, en la música y la literatura; se creía predestinado a realizar conquistas espirituales, ya que había conseguido su engrandecimiento material.

Austria, después de la pérdida de las provincias italianas, trató de reorganizar lo que le quedaba de su antiguo Imperio, no esta-

bleciendo una honrosa federación entre las diferentes nacionalidades que la componían, sino dando entera satisfacción solo a Hungría. Esta fue elevada a la categoría de reino independiente, con la sola limitación de que tendría la misma bandera que Austria y que el emperador sería al mismo tiempo rey de Hungría. Desde entonces se habló de la Dual Monarquía, con dos parlamentos, dos ministerios, dos códigos civiles y dos lenguas oficiales. Austria y Hungría, combinando sus recursos, podrían imponerse a los demás pueblos del valle del Danubio; mas, para que se comprenda el mosaico de nacionalidades que mantenían sujetas, diremos sólo que Austria incluía Bohemia, Moravia, Eslovaquia, Bucovina, Istria, Estiria, Cariniola, Carintia y Dalmacia; Hungría, por su parte, incluía dentro de sus fronteras Transilvania, Croacia y Eslovenia. Todos estos pueblos hablaban lenguas distintas, practicaban diferentes religiones y tenían historias a menudo gloriosas por haber peleado contra sus actuales señores húngaros o austriacos. Se ha repetido hasta la saciedad la "frase hecha" de que si la monarquía austro-húngara no hubiese existido, se habría tenido que producir artificialmente...; pero no como era antes de la guerra de 1914. La prueba es que los bohemios y moravos desertaron así que empezó la guerra, y ni aun los exclusivos beneficiarios del régimen de la Dual Monarquía, húngaros y austriacos, andaban de acuerdo en cuestiones tales como la del ejército, que tenía un solo Estado Mayor, y en la distribución de los gastos.

Caricaturas de Zola, Dreyfus y Picquart aparecidas en la prensa antisemita de París.



Las naciones escandinavas: Dinamarca, Suecia y Noruega, proseguían lentamente su evolución cultural y política. Para ellas el Parlamento (Rij o Rikis) no era cosa exótica, sino de tradición antiquísima. Se trataba solamente de aumentar el número de electores, no deteniéndose hasta el sufragio universal, incluso para las mujeres, a lo que se llegó sin conflictos. Pero nada indica la capacidad política de los escandinavos como la solución de la crisis entre Suecia y Noruega el año 1905. Anteriormente, Noruega era un reino separado y se había unido a Suecia a raíz del Congreso de Viena. Fue el premio que se dio a Bernadotte, general de Napoleón, hecho por Bonaparte monarca de Suecia, que luego rehusó ayudar a su antiguo amo durante los Cien Días. Noruega no asintió nunca a esta pérdida de independencia y, aunque aceptaba el tratamiento de reino "libre, independiente e indivisible, unido a Suecia con un mismo rey", reivindicaba el derecho a tener cónsules noruegos y usar su bandera nacional. Se llegaron a movilizar ejércitos, y cuando la guerra parecía inevitable, Suecia, la más fuerte, cedió y los noruegos llamaron a un príncipe danés que fue coronado rey. Desde entonces las dos naciones, enteramente independientes, están más unidas que si hubieran vivido todos estos años regatándose concesiones. Dejamos para los capítulos siguientes el tratar de los acontecimientos en las naciones balcánicas porque fueron como el prólogo de la primera Guerra Europea, y por razones análogas dejaremos a Inglaterra fuera del cuadro, porque su principal preocupación en esta época, que fue la cuestión irlandesa, no se resolvió hasta más tarde.

En España, la revolución de 1868, una vez destronada Isabel II, reveló la interesante personalidad de Prim, que parecía podía desarrollar dotes de estadista, pero que, lamentablemente, pereció asesinado. Los jefes de los partidos republicanos: Castelar, Salmerón, Pi y Margall, hicieron mejor papel como oradores de la oposición en la monarquía restaurada que como estructuradores de su efímera república, cuyo Parlamento disolvió el 3 de enero de 1874 el general Manuel Pavía por la fuerza de las armas. Se constituyó un gobierno provisional que tuvo como principal preocupación la guerra carlista que se iba arrastrando, con intermitencias, desde 1834, a causa de las pretensiones de don Carlos, hermano de Fernando VII, y de sus descendientes, a la corona de España, en perjuicio de Isabel II y su hijo. Esta guerra duraba ya largo tiempo, pero las fuerzas carlistas creyeron que había llegado su hora y realizaron el último esfuerzo y ocuparon Teruel y Cuenca; ante estos éxitos, el gobier-



G. Clemenceau pronuncia un discurso en una reunión electoral, por J. Raphaële (Museo de Versalles). Gracias a las intervenciones de Clemenceau, Anatole France y otros intelectuales pudo revivirse el proceso de Alfred Dreyfus y su rehabilitación.



Medalla de Humberto I de Italia (Museo Marítimo, Barcelona). Durante el fin de siglo europeo se fue consolidando la unidad de Italia gracias a la habilidad de sus políticos, que esgrimían las armas de las "reivindicaciones" austriacas y las "maquinaciones" del Vaticano.

EL ANTIMALTHUSIANISMO NACIONALISTA DE FIN DE SIGLO

"O la población se desarrolla más rápidamente que el progreso, o el progreso más rápidamente que la población. Cuando se ha alcanzado cierto grado de densidad, suficiente para lograr las principales ventajas de la combinación del trabajo, todo nuevo crecimiento tiende en sí mismo a ser nocivo, por lo que respecta a la condición media de la población" (Stuart Mill).

El pensamiento liberal está, en general, impregnado por el pensamiento de Malthus, que ha sido desarrollado tanto por Say y Ricardo como por Stuart Mill. Dentro de los planteamientos individualistas del siglo XIX, Malthus halla siempre un lugar.

Sin embargo, el siglo XIX ha conocido numerosos movimientos que exaltan el grupo por encima del individuo: nacionalismo, socialismo, movimientos de inspiración religiosa. Entre ellos han surgido con fuerza reacciones antimalthusianas como rechazo del individualismo liberal, considerado más bien como egoísmo burgués.

Tal vez el más potente e influyente de estos movimientos haya sido el inspirado por el nacionalismo, que ha prolongado y amplificado los efectos en las políticas populacionistas del siglo XX. Estas corrientes han tenido especial significación en Francia y Alemania.

ALEMANIA

Ya desde la primera mitad del siglo XIX, el gran economista nacionalista Friedrich List ("El sistema nacional de la economía política", 1841) rechaza el pensamiento liberal inglés y especialmente las doctrinas sobre la población. Se hallan en germen las ideas del imperialismo alemán contemporáneo.

FRANCIA

Durante el Segundo Imperio aparece la preocupación por el porvenir demográfico nacional, puesto que desde 1856 los censos atestiguan una moderación en el crecimiento natural de la población (Prévost-Paradol, 1868).

La guerra franco-prusiana de 1870 exacerbó los sentimientos nacionalistas en ambos países, que, con muy distinto tono, provocarán una ampliación del antimalthusianismo.

Por un lado, la ideología imperial alemana desarrolla los temas del nacionalismo romántico y durante el reinado de Guillermo II se amplifica el culto a la raza alemana, que llevará a las reivindicaciones de espacio vital y a todos los excesos del régimen nazi.

En Francia, la derrota de 1870 provoca la aparición del revanchismo, una de cuyas aspiraciones primarias es reforzar el poder de la raza francesa. Arsenio Dumont ("Despoblación y civilización", 1890; "Natalidad y democracia", 1898) intenta demostrar que la democracia, favoreciendo la movilidad social, está muy expuesta a la despoblación por limitación de nacimientos; no hay más remedio verdadero que el desarrollo de las tendencias socialistas. J. Berthillon ("La despoblación de Francia", 1911) muestra que la caída de la natalidad hace peligrar la vida misma del país. Estos movimientos predicaban la necesidad para Francia de salvarse multiplicando su población. Procrear es, pues, un servicio a la nación.

La importancia alcanzada por los movimientos antimalthusianos alemán y francés en vísperas de la primera Guerra Mundial está en la base de la política poblacionista practicada por ambos gobiernos después de la crisis de 1933, ya bajo la influencia del totalitarismo nazi. La preocupación nacionalista degenera—incluso en la Francia de 1939—hacia el racismo.

no estableció un plan metódico de campaña que sus fuerzas cumplieron, reconquistando todos los territorios ocupados por aquellos y obligando al pretendiente a volverse a Francia. Por otra parte, todos los políticos españoles querían llamar al legítimo rey, hijo de Isabel II, pero nadie se atrevía a hacerlo. Cansado de dilaciones, el general Martínez Campos proclamó en Sagunto al rey Alfonso XII, consumando así la restauración de la dinastía borbónica. En ella descolló la figura de Cánovas del Castillo desde el año 1876, en

que redactó la Constitución, hasta el 1897, en que fue asesinado. La mencionada Constitución establecía dos Cámaras: el Senado, compuesto de Grandes de España y dignatarios que se sentaban en los escaños por derecho propio o por designación real, y el Congreso, con diputados elegidos por sufragio universal, que apenas se ejercía sino en las grandes capitales. De antemano los jefes políticos llenaban el "encasillado" de diputados con adictos al partido y "cuneros", y sólo dejaban algunos distritos libres para la

oposición, con objeto de mantener la apariencia de régimen democrático.

El problema de mayor gravedad con que tropezaron tanto el reinado de Alfonso XII como la regencia de su esposa María Cristina fue el de la guerra de Cuba, que iba a tener por resultado la liquidación de los restos de aquel imperio en que nunca se ponía el sol.

Cuba se rebeló en 1868 al "grito de Bayre". La "guerra larga", la guerra de diez años, duró hasta 1878. Se terminó con la "paz del Zanjón", en la que España consentía en dar a Cuba un régimen provincial autonómico, como "el que entonces se estaba discutiendo para Puerto Rico". Pero las Cortes españolas nunca llegaron a aprobar aquella ley que se discutía para Puerto Rico. Esto tenía que producir necesariamente otra rebelión. La organizó José Martí, una de las pocas figuras de apóstol iluminado que ha producido la América latina. Martí conspiraba desde Nueva York; se ganaba la vida dando lecciones de español a cincuenta centavos la hora y empleaba en preparar insurrecciones los recursos que reunía de los clubs de separatistas. Varias intentonas fracasaron. Por fin, en 1895, desembarcaron a la vez José Martí, que llegaba de los Estados Unidos; Máximo Gó-

mez, de Santo Domingo, y Antonio Maceo, de Costa Rica. En conjunto se reunieron un centenar de insurrectos, que, hambrientos y fatigados, trazaron su plan de campaña. Según él, Martí era reconocido como jefe supremo de la revolución, y Máximo Gómez nombrado general en jefe, el cual constituyó a Maceo en jefe de la provincia de Oriente. El 24 de mayo, en una acción de guerra, los insurrectos tuvieron cinco bajas, dos muertos y tres heridos; uno de los muertos, de un balazo en la frente, era Martí. Martí no sólo era un patriota, sino que era también un gran pensador y el escritor más elocuente y más profundo que ha producido Hispanoamérica. Hombre de gran corazón, su moral y más que nada su vida pueden resumirse en la frase "Libertad es el derecho que tiene cada hombre de cumplir con su deber". Fue por esta libertad por la que trabajó y murió.

Desaparecido el que tenía que ser la cabeza de la revolución, Máximo Gómez y Maceo continuaron las operaciones y trataron de no recaer en el error de la guerra de los diez años, en la que los políticos y abogados mambises pretendían resolver los asuntos militares con juntas, parlamentos de manga y presidentes de república con uniforme y espadín. Maceo, enarbolando la tea incendia-

Audiencia del emperador Francisco José de Austria a los magnates húngaros (Biblioteca Nacional, París). Tras la pérdida de las provincias italianas y de su exclusión de Alemania, el Imperio austriaco hubo de renovarse y se transformó en la Monarquía Dual, en la que Hungría tenía los mismos derechos que Austria.



El archiduque Rodolfo, heredero de Austria-Hungría, que se suicidó en Mayerling junto a su amante (Heeresgeschichtliche Museum, Viena). Este desgraciado asunto complicó aún más la difícil política austriaca de fines de siglo.



Guillermo II de Alemania inaugura las sesiones del Reichstag alemán (Biblioteca Nacional, París). Este emperador continuó la política de Bismarck, pero en un tono aún más agresivo. El Reichstag careció de influencia en el gobierno y el káiser pudo a su antojo realizar una política exterior e interior.



ria, atravesó la isla desde Oriente hasta el cabo más occidental; incendió todo lo que encontró al paso, hasta los ingenios de aquellos hacendados que habían pagado su tributo para evitarlo. Se cuenta que desde el mar, cuando "la invasión" de Macco, se veía la isla envuelta en el humo de los cañaverales ardiendo.

Weyler, que sustituyó a Martínez Campos, obligó a todos los campesinos cubanos a concentrarse en lugares donde hubiera cabeceras de división o brigadas de tropas y dio nuevo brío a la campaña militar, aunque no consiguió dominar la situación. La guerra, llevada por ambas partes con violencia, dio motivo a que los Estados Unidos, que no olvidaban sus intereses en Cuba, se quejaron de los perjuicios que les ocasionaba.

Ante la más o menos velada amenaza de intervención, España se apresuró a cambiar por completo la administración de la isla, y en 1897 se proclamaba la nueva constitución. Por último, y como la guerra continuase, el presidente Mac Kinley exigió de España la venta inmediata de la isla; para complicar más las cosas, el 15 de febrero de 1898 se hundió en aguas de La Habana el acorazado norteamericano *Maine*, cuya voladura se achacó a los españoles, infundió que ha sido completamente desmentido y aclarado el hecho en la actualidad. Ello, sin embargo, motivó la intervención armada de los poderosos Estados Unidos.

Tras la derrota de la escuadra española en Santiago de Cuba, la ciudad se rindió y poco más tarde los Estados Unidos ocupaban la isla de Puerto Rico. Por otra parte, en las Filipinas, atacadas por la escuadra del comodoro Dewey, se rindió Manila, con lo cual la posición de España en las islas quedaba muy comprometida.

España pidió la paz. Las negociaciones del tratado de París fueron vergonzosas para España, porque perdió hasta lo que no debía perder (las Filipinas), y para los Estados Unidos, porque ganaron hasta lo que no debían ganar (Puerto Rico, leal todavía a España). Las Filipinas se vendieron, mejor diríamos, se regalaron por la indemnización de veinte millones de dólares en que se evaluaron las obras públicas que los españoles habían ejecutado en las islas durante cuatro siglos.

Este fue "el desastre" para España. Antes y después del desastre quiere decir, para los españoles, antes y después de 1898. España ya no fue la misma después del desastre; continuó con el mismo régimen, continuó con sus toros, con sus bailes y verbenas, pero poniéndose una careta para reír, porque su alma estaba triste. Costa resumió este sentimiento de abdicación del heroísmo diciendo que de-



Monumento erigido en Barcelona al general Juan Prim, quizá la personalidad más interesante que dio la revolución española de 1868.

Disolución por el general Manuel Pavía del Congreso de los Diputados de la primera República española (colección Casariego, Ayuntamiento de Madrid).



LA PRIMERA INTERNACIONAL

Una serie de organizaciones: la "Liga de los Justos", transformada por Marx en la "Liga de los Comunistas"; la "Liga de los Demócratas Fraternalistas" (1845) y la "Asociación Internacional" (1856), asentadas en Londres y en las que juegan un papel muy importante los exiliados políticos, tratarán de concretar, al finalizar la primera mitad del siglo XIX, el ideal de solidaridad proletaria, anticipado en la época de la Revolución francesa por Paine, por Gracchus Babeuf o por Buonarroti y vigorosamente afirmado por Marx y Engels en el "Manifiesto Comunista": "¡Proletarios de todos los países, uníos!".

Todas ellas anticipan, la última especialmente, la Primera Internacional, constituida tras una serie de contactos entre obreros franceses e ingleses, cuya actividad se había reactivoado con la crisis económica de 1856-1857 en el *meeting* celebrado en St. Martin's Hall de Londres el 28 de septiembre de 1864. Intervinieron además de tradeunionistas ingleses, franceses seguidores de Proudhon (Tolain, Percheron), numerosos grupos de emigrantes: polacos, húngaros seguidores de Kossuth, italianos discípulos de Mazzini, alemanes como Marx y Eccarius, etc., y se aprobó la constitución de un Comité Central con sede en Londres y la creación de secciones europeas bajo su dirección.

Marx, con algunos recelos iniciales debidos a la heterogeneidad de los participantes, consideraba, desde luego, esencial la asociación y aceptó participar en el Comité provisional encargado de elaborar los estatutos, redactando el manifiesto inaugural. Este teorizador, cuya figura dominará la efímera vida de la Primera Internacional, trató de integrar a todos los grupos obreros, actuando sin dogmatismo y sosteniendo como idea clave que "contra el poder colectivo de las clases poseedoras, el proletariado no puede actuar más que constituyendo un partido político distinto, que no debe sustraerse a la acción electoral ni a la acción parlamentaria y que debe sostener las reivindicaciones legales necesarias para mejorar en el presente la situación material de los trabajadores".

Merece recordarse el preámbulo de los Estatutos, uno de los textos fundamentales de la historia del movimiento obrero:

"Considerando que la emancipación de la clase obrera debe conseguirse a través de la clase obrera misma; que la lucha por la emancipación de la clase obrera no es por privilegios ni monopolios de clase, sino por idénticos derechos y deberes para destruir toda dominación claudista;

que la sumisión económica del obrero bajo los propietarios de los medios de producción, es decir, de las fuentes de vida, es el fundamento de la esclavitud en todas sus formas: la miseria social, la atrofia espiritual y la dependencia política; que la emancipación económica de la

clase obrera constituye por ello el gran fin último al que debe supeditarse todo movimiento político;

que todos los esfuerzos orientados a ese fin han fracasado hasta ahora por falta de unidad entre los muchos ramos del trabajo de cada país y por la carencia de una federación fraternal entre las clases obreras de los diferentes países;

que la emancipación de la clase obrera no es una tarea local ni nacional, sino social, que abarca todos los países en los que existe la sociedad moderna y cuya solución dependa de la cooperación práctica y teórica de los países más avanzados;

que el movimiento obrero que actualmente se renueva en los países industriales de Europa, a la vez que despierta nuevas esperanzas, constituye una seria advertencia contra una recaída en los viejos errores y urge la inmediata unión de todos los movimientos aún desunidos; por estos motivos, se ha fundado la Asociación Internacional de Trabajadores.

La cual declara

que todas las asociaciones e individuos que a ella se unan reconocen la verdad, la justicia y la moralidad como su norma de comportamiento entre sí y para con todos los hombres, sin distinción de color, creencia y nacionalidad. Considera el deber de cada uno alcanzar los derechos humanos y cívicos no sólo para sí, sino para todo el que cumpla con su deber.

Ni deberes sin derechos ni derechos sin deberes".

Con muy pocos efectivos —algunos miles de adheridos— y reducidos recursos, se le atribuyó "falsamente" —señala Aben-droth— un poder enorme por parte de la prensa burguesa y de los servicios secretos de todos los países, cuya curiosa actitud frente a la verdad, desde los tiempos de Stieber y del proceso de Colonia contra los comunistas en 1852 hasta el día de hoy, parece una constante en el transcurso de las transformaciones históricas", y consiguió mucho mayor influencia en el continente que en Inglaterra.

Durante su vigencia, Marx hubo de enfrentarse a una doble oposición: la de los prudhonianos y la de los bakuninistas.

La influencia prudhoniana, antirevolucionaria —defendía la armonía entre las clases sociales—, contraria a cualquier tipo de legislación social y a la intervención estatal en las relaciones capital-trabajo, muy importante en los Congresos de Ginebra (1866) y Lausana (1867), fue perdiendo fuerza —Bruselas, 1868— hasta quedar descartada en el Congreso de Basilea de 1869, al aprobarse, por 54 votos contra 4, una resolución según la cual "la sociedad tiene el derecho de abolir la propiedad individual de la tierra y ponerla en manos de la colectividad".

Mayor trascendencia tuvo el enfrentamiento de Marx con Bakunin, fundador de

la "Alianza Internacional de la Democracia Socialista", que acudió a Basilea como representante de la Sección de Lyon.

Bakunin se opone a la participación electoral a la lucha por las reformas sociales; será partidario de la huelga general y de la independencia de las secciones nacionales frente al Consejo General. Su influencia se extenderá por los países económicamente atrasados: Italia, a través de la "Fraternidad Internacional" y la "Alianza Democrática"; España, donde Fanelli sienta las bases de la Organización anarquista... Su pensamiento —subraya Aben-droth—, responderá a la situación de los obreros en los países de menor desarrollo industrial, teniendo poca comprensión hacia la tenaz y sistemática lucha sindical cotidiana por el salario y el horario laboral adaptado a las cambiantes circunstancias y por la lucha política para ampliar los derechos democráticos y la legislación social, tal como la llevaban a cabo los obreros de los países industrialmente avanzados.

Será esta problemática interna la que acabará provocando la disolución de la Internacional, que atravesará —dice Droz— las pruebas de la guerra franco-prusiana y de la Comuna sin perder lo esencial de su cohesión y de su influencia.

En efecto, la oposición a la autoridad, considerada como dictatorial, del Consejo General irá creciendo en las secciones de los países mediterráneos. Marx podrá imponerse en la Conferencia de Londres (1871) y en el Congreso de La Haya (1872), en el que se expulsará a Bakunin y a J. Guillaume, pero se acordará el traslado del Consejo General a Nueva York.

Marx piensa que la Internacional está demasiado dividida y trata de evitar que sea dominada por Bakunin. Es el final de la Asociación Internacional de Trabajadores, que se disolvió formalmente en el Congreso de Filadelfia de julio de 1876.

La constitución de una Internacional antiautoritaria por Bakunin —Congresos de Saint Imier (1872), Ginebra (1873), Bruselas (1874), Berna (1876)— tendrá escaso éxito y celebrará su último Congreso en 1881, en Londres. Admitiendo que la Primera Internacional no llegó nunca a las masas, admitiendo las deficiencias de su organización, su inflexión por el nacionalismo, su papel en el desenvolvimiento del movimiento obrero fue fundamental. Como señala Droz, allí se afirmó por vez primera la conquista del poder político por el proletariado y se hizo ver a las masas que a la acción aislada, dispersa y esporádica debía suceder una acción consciente y masiva que la clase obrera sólo podía realizar en el seno de partidos socialistas organizados. Jugó, pues, un papel decisivo en la elaboración de la conciencia proletaria.

A. M.

Monumento en Madrid a Cánovas del Castillo, artífice de la restauración borbónica en España.

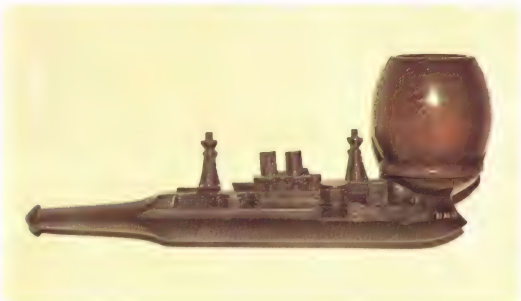
hía cerrarse con siete llaves el sepulcro del Cid. Predicó la *europización* de España; en cambio, otro escritor, Miguel de Unamuno, filósofo y profesor de universidad, propuso como remedio la *intensificación* de la hispanidad, y Ganivet simplemente la *africanización*.

Con excepción de España, las naciones de la Europa occidental acabaron el siglo tranquilamente, sin darse cuenta del nubarrón que se iba formando y que tenía que producir la guerra de 1914. Todo en literatura, arte, filosofía y ciencia revelaba un progresivo abandono de los principios de la moral y ciencia positivista de la generación anterior.

Al utilitarismo predicado por Spencer y Stuart Mill, que, al fin y al cabo, exigía un mejoramiento general de la especie, para que todos cooperasen al objetivo que se perseguía, que era la felicidad individual, sucedía el frío pragmatismo. Para un hombre de fines del siglo XIX, la bondad de un acto estaba en relación del bien inmediato que producía, y la veracidad de una hipótesis dependía únicamente de sus posibilidades prácticas. El bien y la verdad absoluta se habían alejado de la faz de la tierra, amenazándonos con no reaparecer nunca jamás.

En el campo académico de la filosofía influían aún, y más que nunca, los escritos de Schopenhauer. Nació en Danzig en 1788, publicó sus ensayos y tratados de filosofía en la primera mitad del siglo (1836-1851), pero no fue el profeta de su generación; se resignó, aunque protestando de verse postergado por los discípulos de Hegel y otros filósofos idealistas que aún intentaban desentrañar los fenómenos del universo y del alma con teóricas concepciones de pura ideología. "El mundo como idea", decían los hegelianos... "Sí, pero la idea que yo me hago", repetía Schopenhauer. "El mundo es mi idea, y la idea es lo que desea mi voluntad." "Al pasar cuentas —dice Schopenhauer—, si nos equivocamos es en nuestro favor." "No trates de convencer a nadie si no desea ser convencido."

Pipa de manufactura norteamericana, en la caña de la cual se representa al acorazado "Maine", cuyo hundimiento, falsamente achacado a los españoles, originó la intervención armada de Estados Unidos en Cuba y Filipinas contra España (Museo Marítimo, Barcelona).





Los acorazados españoles "In-fanta María Teresa" y "Almirante Oquendo", en óleo de F. Hernández Monjo (Museo Marítimo, Barcelona). Estos buques intervinieron en la batalla naval de Santiago de Cuba, en la que la escuadra española fue aniquilada.

do." "¿Qué es lo que produce las cosas? Lo mismo que produce los actos: simple voluntad." Por voluntad la Naturaleza ha hecho al hombre; la planta se diferencia del animal porque tiene menos deseo o voluntad.

Este evangelio del alma-mundo como voluntad, sobre todo encarnada en el hombre, fue exagerado líricamente por Nietzsche. Nacido en 1844, publicó en 1872 su primer libro sobre el *Origen de la Tragedia*, y los dos que más influyeron en su época, *Humano, demasiado humano*, y *Así hablaba Zaratustra*, en 1878 y 1883. Para Nietzsche, la moral es simplemente la exaltación del individuo; todo acto que contribuya a la superación de sus limitaciones naturales es justo y deseable. Es un deber elevarnos a una mejor humanidad, pero no producida por cultura, filantropía y socialismo, sino por el desarrollo de las facultades individuales, aunque este excesivo crecer de uno solo produzca el atraso de los demás, convertidos en esclavos. Nietzsche predicaba sus principios en un estilo poético fascinador; a menudo usaba el verso libre, y sus escritos eran mejor para cantados que para leídos. Generalmente es un apóstol imaginario, Zoroastro (Zaratustra), quien habla. Un día Zaratustra bajó de la montaña donde

meditaba y vio un corro de gente contemplando un equilibrista que pasaba la cuerda. El infeliz cayó y quedó muerto; Zaratustra lo recogió y lo enterró porque había sido valiente para arriesgarse en aquel ejercicio. "Vivid con peligros —clamó—; construid ciudades en la falda de volcanes; enviad vuestros buques a mares inexplorados; vivid en estado de guerra." Así habló Zaratustra y la generación europea de fin de siglo le escuchó atentamente: "El que haya de ser creador del bien y del mal tiene que empezar por ser destructor. Así, del mayor daño nacerá el mayor bien".

"Los dioses murieron, pero el superhombre vive... —Déjame enseñarte, superhombre: el hombre debe ser superado. ¿Qué has hecho para superarle?... El grande hombre es el camino, no el punto de llegada. Amo a los que viven pereciendo, porque buscan el más allá. Amo a los que desprecian, porque son los grandes adoradores, son los dardos que, lanzados, tratan de llegar a la otra orilla."

Todo esto es más que el culto a los héroes de los románticos y la aristocracia del talento de los últimos positivistas. Y era dicho con tal fuego, con tal pasión, que se con-

tagiaba a las almas jóvenes. Extraño caso el de Nietzsche; el que así hablaba era un pobre enfermo, inútil para el servicio militar, solo, errante, que acabó loco. Nietzsche murió en 1897, después de ocho años de completa oscuridad mental. Por aquel entonces Bergson empezaba a hablar ya del *élan vital*, el impulso actual de la vida, y la *évolution créatrice*, todo ello realizado sin ninguna fuerza exterior ni ulterior a la naturaleza.

Los arrebatos de Nietzsche influyeron grandemente en el pensamiento europeo de fines de siglo, pero por su carácter excesivo no pudieron aplicarse totalmente sus doctrinas. Con todo, se nota su influencia en los grandes escritores de la época; Gerhard Hauptmann escribió sus mejores dramas: *Los tepales*, *El obrero de castor* y *La campana sumergida*, en los últimos años del siglo XIX. Casi no puede decirse que Hauptmann sea nietzscheano; es más bien un socialista retrógrado. Pero el espíritu de Nietzsche ya se manifiesta en su contemporáneo Sudermann, quien nos presenta en sus obras personajes que sostienen una intensa lucha para desplegar completamente su personalidad.

El mismo deseo de intensificar la vida, aceptando sus dolores, pero con la compensación de sentirse libres y árbitros de sus propios destinos, muestran los protagonistas de los dramas de los grandes escritores escandinavos de fin de siglo: Ibsen, Björnson y Strindberg. El más genial de los tres, el verdadero exponente del alma europea de su tiempo, Ibsen, nació en la pequeña ciudad de Grimstad en 1828. Sus comienzos fueron difíciles, pero no cesó en su empeño. "Siempre me ha gustado el temporal", dice Ibsen, enemigo de toda hipocresía, de toda falsedad, de las convicciones a medias. A pesar de estas "cualidades", Ibsen fue nombrado director del teatro nacional de Cristianía, puesto que sólo conservó por espacio de cinco años. Después fue uno de los cinco escritores pensionados de por vida que mantiene el gobierno sueco. Es casi superfluo mencionar siquiera los títulos de los dramas de Ibsen; todos los lectores cultos se acuerdan de *Los pilares de la sociedad*, *El enemigo del pueblo*, *La casa de muñecas*, *Espectros*, etc., producciones en que, bajo la apariencia de la realidad diaria, en medio de una atmósfera convencional, se destacan personajes que dicen en alta voz, frente al gran público, algo que Nietzsche había insinuado para los supercultos. "La minoría siempre tiene razón; el hombre fuerte es el que va solo", dice el doctor Stockmann de *El enemigo del pueblo*. En *La casa de muñecas*, al despedirse de su marido para vivir otra vida que la de mediocridad burguesa, Nora dice: "Yo soy por lo menos tan humana como eres tú". En fin, he aquí una

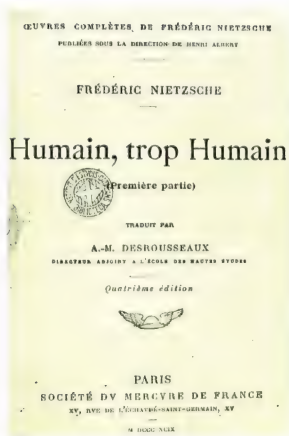


Miguel de Unamuno, por Echevarría (Museo de Arte Moderno, Madrid). Tras la derrota de España por Estados Unidos, el "desastre", se produjeron tres corrientes intelectuales en el país vencido: la de quienes querían la europeización (como Costa), la de los que propugnaban la intensificación de la hispanidad (como Unamuno) y la de los que proponían la africanización (como Canivet).

frase de Ibsen que revela toda la mentalidad de la época: "Lo importante es ser honrado con respecto a uno mismo y hacer lo que se tiene que hacer de acuerdo con la propia conciencia. Todo lo demás conduce a la mentira... Acepta animosamente tus derrotas; no transijas".

Este héroe ibseniano crece hasta proporciones heroicas en Brandt. Es la verdadera epopeya europea de fines del siglo XIX. Representa lo que fue el Fausto de Goethe para la generación romántica; lo que fue la Divina Comedia para los escolásticos; es la Eneida, la Ilíada de la generación nietzscheana. Brandt, pastor protestante, trata de resolver sus problemas de conciencia y pretende vivir de acuerdo con las necesidades de la vida, pero no de la vida natural ni de la vida tal como se manifiesta en las fórmulas socia-

Aquí al lado, portada de la traducción francesa de la obra de Friedrich Nietzsche "Humano, demasiado humano", y, a la derecha, portada de la primera edición de la obra capital de Schopenhauer "Die Welt als Wille und Vorstellung".



Escena de la obra de Ihsen "Brandt", considerada como la verdadera epopeya europea de finales del siglo XIX.



les, sino de la vida humana, real, eterna, que está reapareciendo en cada hombre y es ahogada por convencionalismos. Brandt es vencido, lo pierde todo, pero no su alma. Pierde hijo, esposa, reputación, posición, pero no se pierde a sí mismo. Brandt es un Dante sin más Beatriz que su propia conciencia.

Strindberg, apasionado nietzscheano, admira al hombre hasta en su vulgaridad, en oposición a la mujer, que confina a los quehaceres del hogar. Los héroes de Strindberg triunfan de la multitud y del sexo; no se dejarían vencer como Brandt para salvar sus convicciones. Björnson, noruego como Ibsen, no salió de su país y participó intensamente en la vida nacional. En 1903 se le concedió el premio Nobel por su drama *Paul Lange*, donde expone los ruines trucos y miserias políticas de la época.

Al lado de estos escritores escandinavos que seriamente trataban de vivir como hombres de su tiempo y de presentar el dolor de la humana experiencia en el teatro, los novelistas rusos Gorki y Tolstoi ponían de manifiesto la trágica contradicción de la sociedad en que vivían, extrañamente satisfecha de sus lacras. Cada año la nueva novela de Gorki, el nuevo libro de Tolstoi (novela, mensaje, comentario) sacudían el mundo. Con sádico ensañamiento daba Gorki en sus novelas visiones del bajo fondo de las ciudades y los campos, donde vagabundos convertidos en malhechores sufrían como abrumados bajo el peso de su propia conciencia. Tolstoi, el gigante de fin de siglo, predicaba paz, amor, bondad, a veces con sugestivas narraciones, otras con tratados de moral práctica derivada del Evangelio. El mundo carece hoy de un ser humano de la categoría de Tolstoi, y los lectores jóvenes no pueden hacerse cargo de lo que fueron en su tiempo las proclamas elocuentes de aquel hombre sincero y creyente, que disponía además de todos los recursos de persuasión que puede facilitar el arte.

Contrastando con Ibsen y Tolstoi, dos escritores de gran talento contribuían, sin embargo, al mismo resultado de despertar las inteligencias y socavar las bases de la sociedad seudodemocrática establecida por la burguesía. Estos eran Anatole France, con sus sarcásticas novelas, y el supremo ironista Bernard Shaw. Nacido en París y parisiense hasta la médula, Anatole Thibault, que se firmaba *France*, es un segundo Voltaire, no tan cáustico y mordaz como el primero (ni tan original), pero hasta cierto punto más peligroso por su exquisita delicadeza. *La Isla de los Pingüinos* es la corrompida República del *affaire*; *La rebelión de los ángeles* es ya una diatriba anticlerical; pero el ataque a fondo de Anatole France a la Iglesia fue su *Vida de Juu-*



Caricatura de Oscar Wilde (por Max Beerbohm), el esteta decadentista de finales de siglo.

na de Arco, condenada a la hoguera como bruja por el clero francés sometido a Inglaterra y los mismos políticos que antes se habían aprovechado de ella. Es de imaginar el partido que sacó Anatole France de los documentos contemporáneos para poner de manifiesto todo aquello que es apasionamiento nacional o religioso.

Bernard Shaw, nacido en "la otra isla de John Bull", esto es, Irlanda, combinó el humor irlandés y la seriedad británica en una amalgama que es más cómica por lo que tiene de aparente respetabilidad. A pesar de su

El teatro Wagner de Bayreuth, dedicado a los grandes festivales de este extraordinario creador de fin de siglo, en cuya obra se sintetizan la escenografía, el texto y la música en una unidad indisoluble.



LA SEGUNDA INTERNACIONAL

Para Marx, como señala Annie Kriegel, la comprensión de la historia como una lucha de dos clases a escala mundial le llevó, aun reconociendo la problemática planteada por las diferenciaciones nacionales, a afirmar la Primera Internacional como el resultado de una federación de partidos nacionales, sino como una realidad global que se les antepone y dirige. Aniquilado por la desigual aceleración de las sociedades europeas, no por ello desaparece el sueño de una unión proletaria, y diversas tentativas entre 1876 y 1888 —Congreso de Coire, Suiza, 1881; de París, 1883—, impulsadas principalmente por socialistas belgas y suizos, buscan darle una nueva concreción. Estas tentativas fracasan por causas diversas: Marx y Engels entienden que lo primordial es la organización de partidos potentes y bien organizados, cuyas tácticas habrán de adecuarse a las peculiaridades de la situación política de sus países respectivos; por otro lado, la pluralidad de sistemas socialistas —el marxismo sólo se había impuesto en los partidos socialistas alemán y austriaco— hacía difícil restablecer la unidad, sin contar la persistencia de la corriente anarquista, ahora con Kropotkin como principal teórico, en países como Italia, España y Holanda.

La necesidad del internacionalismo obrero se impondrá, sin embargo, con ocasión de la celebración, para conmemorar la toma de la Bastilla, de dos congresos simultáneos que se celebran en París entre el 14 y el 21 de julio de 1889. De uno de estos Congresos, convocado por los guesdistas (seguidores de Guesde, marxista) y en el que se reúnen unos 400 delegados, en representación de 20 países, entre los que figuran los alemanes Bebel, Liebknecht, Bernstein, Clara Zetkin y Legien, los franceses Guesde, Vaillant, Longuet y Lafargue, los belgas Anseele, De Paeppe y Vandervelde, el italiano Costa, el ruso Plekhanov, el holandés Nieuwenhuis, los ingleses Keir Hardie y William Morris, y el español Pablo Iglesias, saldrá la Segunda Internacional, concebida como una federación basada en el respeto a la autonomía de los partidos socialistas nacionales, sobre los cuales tendrá simplemente una autoridad moral. Desde su fundación hasta el Congreso de París (1900), carecerá de una estructura orgánica, previendo, no obstante, la celebración de congresos trienales. En París se creará el Buró Socialista Internacional (B. S. I.), un comité ejecutivo y un secretario. Más adelante —1904— se constituirá la Comisión Socialista Interparlamentaria.

La nueva Internacional contempló la vieja polémica entre anarquistas y marxistas desde el Congreso Fundamental de París. Continuado en los Congresos de Bruselas —1891— y de Zurich —1893—, quedó resuelta en el Congreso de Londres de 1896, en el que la tesis extrema mantenida por

Bebel y los socialdemócratas alemanes se impuso a la conciliadora de Keir Hardie, consiguiendo por amplia mayoría —17 naciones a favor y sólo 2, Francia y Holanda, y aun con débil mayoría, en contra la expulsión de los anarquistas que, encabezados por Malatesta, Nieuwenhuis y la *commune* Louise Michel, se habían manifestado en contra de la participación parlamentaria y a favor de la huelga general. Los anarquistas, pues, quedaban fuera de la Internacional, que agruparía desde entonces solamente a los partidos socialistas de orientación marxista.

Resuelto el conflicto anarquista, un nuevo problema se plantea al socialismo con el cambio de siglo: la "crisis revisionista", planteada teóricamente por E. Bernstein en su obra *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia* (1899), en la que ataca al materialismo histórico, señalando que en los países desarrollados puede apreciarse la desaparición o atenuación de la lucha de clases, ya que las nuevas condiciones de la vida política, económica y social, debidas en parte a la presión del movimiento obrero, han suavizado las relaciones sociales; propondrá, en consecuencia, la revisión de las teorías marxistas de la plusvalía y la concentración capitalista. Subrayando la capacidad de adaptación de la sociedad capitalista, se muestra partidario de un nuevo tipo de socialismo, caracterizado por el establecimiento de relaciones pacíficas entre naciones y clases, fundado en la convicción de que el capitalismo debe evolucionar progresiva y pacíficamente hacia el socialismo, al que se llegará no por la vía de la revolución, sino por la de las reformas (Kriegel).

Prácticamente, la polémica —en la que se ventilaban, junto con cuestiones de teoría económica marxista, el problema, no de la participación parlamentaria, afirmativamente resuelto, sino el de la alianza con los partidos burgueses y la participación en gobiernos de este carácter— dividió a todos los partidos socialistas nacionales, enfrentando en Alemania a Bernstein con Kautsky y Bebel; en Italia, a Ferri con Turati; en Francia, a Guesde con Jaurès y Millerand, que entraría en el gabinete burgués de Waldeck-Rousseau como ministro de Industria; en los Estados Unidos, a De Leon contra Hillquit... y hubo de plantearse en el seno de la Internacional en el Congreso de París de 1900. Guesde y Ferri dirigieron el ataque contra el revisionismo, si bien se aprobó finalmente la moción, conciliadora y ambigua, patrocinada por Kautsky y Vandervelde, en la que, tras la afirmación: "En un estado democrático moderno la conquista del poder político por el proletariado no puede ser el resultado de un golpe de mano, sino antes bien de un largo y penoso trabajo de organización proletaria en el terreno económico y político, de la

regeneración física y moral de la clase obrera y de la conquista gradual de las municipalidades y de las asambleas legislativas", se condenaba formalmente el revisionismo y el participacionismo, si bien se admitía "que en circunstancias excepcionales pueden ser necesarias las coaliciones en algunas partes (desde luego, sin confusión de programas y de táctica)", así como la entrada de los socialistas en gobiernos burgueses, como expediente "forzado, transitorio y excepcional".

El problema, pues, no quedó resuelto, replanteándose en el Congreso de Amsterdam (1904), en el que Kautsky se enfrentó a Jaurès, consiguiendo, por 25 votos contra 5 y 2 abstenciones, que el Congreso condenara "de la manera más enérgica las tendencias revisionistas, que tienden a cambiar nuestra táctica, probada y victoriosa, basada en la lucha de clases".

Sin embargo, la condena no terminará con el "revisionismo", que, antes al contrario, irá imponiéndose en el seno del socialismo francés, del italiano, del alemán... Los socialistas, abandonando como demasiados lejanos los planteamientos revolucionarios, se orientarán a la obtención de mejoras concretas para los trabajadores, participando en la lucha política al lado de la izquierda burguesa e integrándose paulatinamente en el sistema.

Dejando de lado la ambigüedad y falta de visión con que la Segunda Internacional enfrentó la cuestión del colonialismo, hay que subrayar que el más grave problema con que se enfrentó fue el de la guerra.

Como señala Droz, es en el Congreso de Stuttgart (1907) donde se desarrollan los debates más asonados, enfrentándose tres posiciones: la radical de Hervé; otra más moderada de Jaurès, pero que preconizaba igualmente el recurso a la huelga general y a la insurrección armada, y una tercera, sostenida por los socialdemócratas alemanes, preocupados por la seguridad de su partido, en la que si bien se insistía en la necesidad de oponerse a la política de armamento, evitaban concretar los medios prácticos para luchar contra la guerra: "Pertenece a cada país conservar su entera libertad para hacer, en caso de guerra, lo que le parezca más eficaz".

Surgió finalmente, y como siempre, una solución de compromiso, declarando el Congreso que "ante la amenaza de una guerra, es deber de la clase obrera... realizar todos sus esfuerzos para impedir la mediante los medios que le parezcan más apropiados y que, naturalmente, varían según la lucha de clases y la situación política", si bien Lenin, Martov y Rosa Luxemburgo consiguieron introducir una enmienda, según la cual: "No obstante, en el caso de que estallara la guerra, tienen el deber de intervenir para hacerla cesar

rápido, utilizando con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra, a fin de llevar la agitación a las más profundas capas populares y precipitar la caída de la dominación capitalista".

No se concretaron, sin embargo, los medios de actuación del proletariado, replanteándose la cuestión en el Congreso de Copenhague de 1910, en el que las propuestas de Keir Hardie y Vaillant: huelga general obrera, sobre todo en las industrias de armamento, minas y transpor-

tes, así como agitación y acción popular en sus formas más activas, se enfrentaron de nuevo a la oposición alemana, decidiendo el Congreso confiar el asunto al B. S. I., que lo refinó al Congreso de Viena, previsto para el año 1913 y que no se celebraría.

La agravación de la situación mundial dará lugar al Congreso extraordinario de Basilea de 1912, donde Jaurès pronunciará un memorable discurso, siquiera no se tomaran decisiones concretas, y finalmente la guerra estallará, sin que la In-

ternacional haga nada para evitarla. El principio de la "unión sagrada" se impondrá en cada país y los trabajadores combatirán por sus estados frente a otros trabajadores. Una vez más el nacionalismo se impondrá al internacionalismo obrero. Así concluirá la Segunda Internacional, constituyéndose en 1919 la Tercera Internacional Comunista (*Komintern*), que "no tardará en identificarse con su régimen, marcado por la especificidad rusa".

A. M.

empeño en representar el papel de "superclown" de Europa, Shaw era un convencido socialista; fue uno de los fundadores de la Sociedad Fabiana, y aprovechaba todas las ocasiones para decir la verdad. La ha expuesto en tono y con argumentos que no pueden dejar de oírse. Aprovechándose de los documentos y juicios de Anatole France, Shaw llevó a Juana de Arco a la escena con un drama maravilloso por su diálogo intencionado. Pero ¿quién no se ha reído con su sátira contra el militarismo balcánico, su drama *El soldado de chocolate*?, ¿quién no se ha reído, aunque con un dejo de preocupación para toda la vida, con las dos comedias *Cándida* y *Hombre y superhombre*, en que presenta como nadie lo había hecho todavía el problema moderno de las relaciones entre los dos sexos desde el momento en que la mujer se ha emancipado? Según Shaw, el "superhombre" es la mujer, y el hombre su esclavo, su víctima o su protegido.

Para estas hembras poco románticas y calculadoras de fin de siglo no cabía la adoración que prodigó el romanticismo al "sexo débil", y como consecuencia de la emancipación de la mujer recrudesció en el hombre la tendencia hacia las anomalías y anomalías sexuales. La mujer se hizo *garçonne*, sufragista, *filles-mères* y otras aberraciones; el hombre simpatizó con los estetas, andróginos y misóginos. Swinburne, el gran poeta inglés del mar y las tempestades, se proclamó indiferente al sexo; Wilde hizo alarde de homosexualidad, y Verlaine fue decididamente un caído en los peores vicios. Su gran arte los redimió para los críticos, y el vulgo semiintelectual de fin de siglo los admiró, prodigándoles compasión piadosa. El "pecado nefando" fue convertido para los hombres de fin de siglo en una degeneración irresistible. Es un mal fisiológico, no moral, decían para excusarse; es deficiencia orgánica, no desorden mental.

En música predomina hasta fines de siglo

la influencia de Wagner. Es todavía el gran coloso de la composición. Aunque algunas de sus óperas fueron compuestas antes de 1870, no se aceptaron resueltamente como modelos y obras maestras hasta mucho más tarde. Wagner lanzó teorías estéticas que hoy casi hacen reír, como el tema del *leit-motiv*, que debe definir cada personaje y hasta cada estado mental con una serie de notas. Wagner en esto no hacía más que extremar la teoría de la "música poética" o "música de programa" de los románticos. Ya Beethoven había tratado de hacer música descriptiva en la *Sinfonía pastoral*, pero había tenido buen cuidado de advertir, con una nota en la partitura, que era "descriptiva de sensaciones, no de pintura". Berlioz, con su *Sinfonía fan-*



Richard Strauss, el músico sensual y realista, por H. Lederer (Galería de Arte Moderno, Dresde).



La casa del doctor Gachet en Amberes, de Paul Cézanne (Museo del Jeu de Paume, París), el pintor que sostendría que la Naturaleza debería reducirse en lo posible a geometría.

tástica, había ido más allá, dando un argumento que reflejaba cada serie de compases. En la *scène aux champs* de la *Symphonie Fantastique*, Berlioz cree poder sugerir con sonidos hasta el olor de los prados, la soledad del paisaje, el aire sofocante de la tempestad que se ve pasar a lo lejos.

Este empleo de la música para describir cosas visibles, y sobre todo ideas, fue llevado al absurdo por Wagner. Además, éste creía que el drama musical o la ópera debían sintetizar todas las artes: la escenografía debía ser pintura al servicio de la música, y el texto del libreto un zurcido de frases para servir de base a un tema musical. A pesar de estas ideas infantiles y de su sentimentalismo romántico, *Tristán e Isolda*, *El anillo de los nibelungos*, *Tannhäuser*, *Lohengrin* y *Parsifal* constituyen todavía hoy grandes fuentes de placer de la humanidad entera.

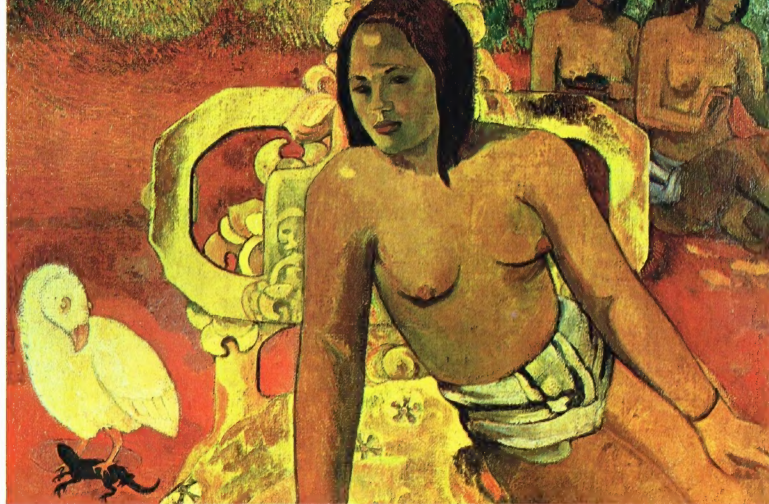
Wagner, además de músico, era un genial arqueólogo del sentimiento. Asombra su capacidad de restauración para los más diferentes periodos históricos. Exagera, se equivoca, tanto cuando intenta resucitar la sentimentalidad céltica con el *Tristán* como cuando cree envolvernos de espíritu teutónico con *Los nibelungos*, o se esfuerza en sumergirnos en el ambiente cristiano de la Edad Media con *Parsifal*. Pero, a pesar de sus exageraciones y errores, Wagner produce algo que es más céltico, más teutónico, más medieval que las leyendas mismas en las cuales encuentra inspiración. Es, sobre todo, wagneriano. En él se muestra gran artista, como Miguel Ángel, Dante o Goethe: está por encima de la materia que elabora. Su libertad no deja de ser también musical: emplea disonancias y sonidos nuevos prosritos antes por las leyes de la armonía que regían las composiciones para orquesta, se aprovecha de instrumentos descartados por antiguos o despreciados por populares... Todo ha de ser permitido para la "música del porvenir", como llamaba Wagner a la de sus obras...

"Música del porvenir" no fue, mejor dicho, no será para los venideros la música de Wagner, porque hoy se ve ya superada; pero sí fue del porvenir para las gentes de su tiempo. Napoleón III y su círculo se rieron del *Tannhäuser* cuando fue representado en la Ópera de París, y tuvo que retirarse del cartel al tercer día. En Inglaterra, Wagner todavía no ha sido enteramente aceptado. Tardó cincuenta años en ser reconocido en otros países de Europa y en América.

Wagner tuvo también dificultades en Alemania; pasó dieciséis años en el destierro porque había tomado parte activa en los sucesos de la revolución de 1848. Su música, naturalmente, encontró partidarios, pero más aún enemigos; sólo al final de su vida la resuelta protección del rey de Baviera le permitió ver el principio de la admiración idólatra para su obra que se despertó después.

Se criticaba ya a Wagner en vida lo que hemos criticado nosotros todavía, o sea sus ideas estéticas —intelectualización de la música y sintetización de todas las artes para producir el drama musical—, pero además los puristas deploraban que los métodos y técnicas de la sinfonía se llevaran a la ópera.

Así, al lado de la corriente iniciada por Wagner de la "música del porvenir", se inició la de Brahms y Bruckner, insistiendo en la tradición sinfónica, diríamos la "música del pasado". Los discípulos y amigos de Brahms en los conservatorios alemanes ignoraron o criticaron las óperas de Wagner, que calificaban de olla podrida, hasta el fin del siglo. Es interesante recordar el hecho de que cuando murió Johannes Brahms, en 1897,



Cosima Wagner, la esposa de Wagner, confesó que nunca había oído ni siquiera una sola pieza de aquel compositor.

Música que fundió las dos tendencias, pero que ni aun por esto es la "música del porvenir", fue la de Richard Strauss. Facilitaba la acción normalizadora de Strauss su temperamento alegre, templado, sano, y su cultura y educación. Strauss no es un romántico como Wagner ni un conservador como Brahms: es sensual y realista, es mero hombre fin de siglo. Pero con su genio y talento no podía menos de admirar e imitar a Wagner, y para nosotros el discípulo genial y aprovechado es más convincente que el maestro megalómano y semidivino.

Los títulos de las obras de Strauss, contrastados con los de las de Wagner, revelan por sí solos la diferencia de las dos personalidades: los títulos de las obras de Strauss son: *Don Quixote*, *Don Juan*, *Till Eulenspiegel*, *El Caballero de la Rosa*, por fin *Salomé* y *Electra*, ambas contaminadas de aquella indulgencia por errores sexuales que hemos encontrado en los poetas. Pero Strauss no es un decadentista: su obra es heroica y grandiosa, a la vez que muy humana. El genio de Strauss no sólo concluye un período, lo justifica; Strauss hace perdonar muchas insulsecas de sus contemporáneos. Todos fueron wagnerianos queriéndolo o sin querer; ¡era tan fácil hacer ruido! Uno solo se destaca ya, señalando el camino que seguirá la música del siglo XX: el francés Debussy.

En las artes plásticas, el fin de siglo se caracteriza por la fatiga del impresionismo. Se está cansado de ver la repetición exacta y sin ambiciones del mundo que perciben los sentidos. Aparecen tres grandes artistas que no sólo pintan de una nueva manera, sino que promuegan una nueva doctrina. Los tres son, sin embargo, medio locos o esquizofrénicos; el siglo agonizante no puede llevar la carga de su genio. Uno, Cézanne, declara que hay que reducir la naturaleza en lo posible a geometría, "todo puede concebirse como una esfera o un cubo". Otro, Gauguin, insinúa que los fenómenos actuales deben ser sólo un estímulo para visiones más fuertes: "Si veis algo verde, pintadlo lo más verde posible". El tercero, Van Gogh, teme que "acabará por pintar sin mirar la naturaleza".

Así la pintura se separa del mundo visible y, tomando a la letra la recomendación de Cézanne, ya al finalizar el siglo XIX se rebela contra toda tradición y empieza la experiencia del cubismo. Pero obsérvese que el cubismo es todavía el "mundo como voluntad", el mundo como queremos que sea, y por esto nos fatiga ahora y notamos que ha sido superado. Sin embargo, antes de la primera Guerra Europea el arte no llegó más allá; fue un intento de demoler la estructura natural sin percibir todavía la que tiempo después lograrán los expresionistas y los postexpresionistas bajo la influencia del psicoanálisis.

"Vairumati", por Paul Gauguin (Museo del Jeu de Paume, París), quien afirmaba que la visión actual sólo debe ser estímulo para visiones más fuertes.

BIBLIOGRAFIA

Aretin, K. O. von	<i>El Papado y el mundo moderno</i> , Madrid, 1970.
Bruun, G.	<i>La Europa del siglo XIX</i> , México, 1971.
Carr, R.	<i>España, 1808-1939</i> , Barcelona, 1969.
Hayes, C. J. H.	<i>Una generación de materialismo (1871-1900)</i> , Madrid, 1946.
Jover Zamora, J. M. ^a	<i>Edad Contemporánea</i> , en "Introducción a la historia de España", Barcelona, 1970.
Jutglar, A.	<i>Ideología y clases en la España contemporánea</i> , Madrid, 1971.
Kriegel, A.	<i>Las Internacionales obreras</i> , Barcelona, 1968.
Mommsen, W. J.	<i>La época del imperialismo. Europa, 1885-1918</i> , Madrid, 1971.
Nollau, G.	<i>Las Internacionales</i> , Barcelona, 1964.
Palmer, A. W.	<i>Diccionario de Historia moderna</i> , Barcelona, 1964.
Pirenne, J.	<i>El siglo XIX progresivo y colonial</i> , vol. VI de la "Historia Universal. Las grandes corrientes de la Historia", Barcelona, 1963.
Salis, J. R. de	<i>Historia del mundo contemporáneo</i> , tomos I y II, Madrid, 1960.



*La siesta, de Van Gogh
(Museo del Jeu de Paume, París),
pintor que temía acabar
"por pintar sin mirar a la Naturaleza".*